

tín y Santo Domingo había hermosos cuadros nacionales y extranjeros; dejamos para cuando tratemos de la arquitectura y pintura juntamente el dar pormenores de ellos, con lo cual no hacinaremos en esta parte tantos datos y tan homogéneos que hacen molesto y poco interesante este capítulo.

Lo terminaré, pues, con noticias de la catedral ecuatoriana. «El coro, dice una relación de mediados del siglo XVII, con sillaría de madera y pintura al óleo de todos los profetas... todo el espacio del baptisterio es de imaginería al óleo.»

Escultura.

No disputaré si la escultura sobrepujó ó no á la pintura en la América española que estudiamos; disquisición sería ésta completamente inútil para mí, que no tengo otro propósito sino el de exponer lisa y llanamente lo que de una y otra halle durante el largo período de nuestra dominación en las apartadas regiones del Nuevo Mundo.

Lo que sí acepto desde luego á medias, es lo que dice Chateaubriand acerca del es-

tado en que los españoles hallaron la civilización americana: y es que la europea no cayó sobre el puro estado de naturaleza en el Nuevo Mundo; harto lo dejé asentado en el segundo libro de estos Estudios; mas no accedo á lo que este escritor añade, á saber: que recayó sobre *la civilización americana incipiente*, pues en varias páginas de esta obra consta que siempre creí y sostuve que la civilización inqueña estaba, por el contrario, en un marcado período de decadencia.

Respecto de la escultura, nada hasta ahora nos ha enseñado cuál fuera el conocimiento superior alcanzado por las tribus anteriores á los incas para que podamos establecer un cotejo sólido y juicioso entre los trabajos de ellas y los de aquellos que vivieron subyugados á los hijos del Sol. Los *huacos* ó vasos de tierra cocida adornados de figuras, algunas estatuas de barro ó piedra, caras de metal ó madera, es lo único que hasta ahora da idea del grado de perfección que en este arte hubo en el Perú poco antes de la conquista.

Sólo en algunos huacos se ve expresión, principalmente en los burlescos; en lo demás no hay sino monstruosidades, desproporción muy marcada en las formas y gran rigidez en el conjunto, como ha podido to-

carse en la muchedumbre de esculturas venidas del Perú y Quito, y expuestas en las salas correspondientes de la Exposición tenida aquí en Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América (1).

¿Y qué otra cosa podía esperarse de un pueblo que vivía tan oprimido y atrasado como el incásico?

La perfección en las bellas artes es la expresión inequívoca de los sentimientos de un pueblo que, habiendo llegado á un grado superior de cultura, empieza á decaer visiblemente; me atrevería á llamarla el eco fiel de un pasado próximo y glorioso. La historia de todos los pueblos autoriza esta verdad, y el pueblo incásico era aún de *amalgamación* muy reciente, y sus leyes nada á propósito para favorecer el vuelo del espíritu; de ahí que lo encontrado de algún mérito, tanto en la escultura como en los trabajos textiles, haya sido precisamente en la costa, donde sin género de duda existieron naciones mucho más civilizadas que la incásica, la cual se limitó á la simple imitación ó copia de lo que dejaron las generaciones anteriores.

(1) El huaco marcado con el número 137 del Gobierno de Quito, es notable por la expresión del rostro.

La escultura en el Perú conquistado no parece pudiera tener otro principio sino el del labrado de imágenes para el culto. Subiría de aquí á los retablos, sillerías de coro, que las hubo y hay de mérito en muchas iglesias del antiguo Virreinato; y luego, cuando con la paz se empezaron á sentir las dulzuras y necesidades de la vida doméstica, la afición que hemos visto se despertó por los cuadros, debió correr parejas con su afín, las obras de escultura.

Lo que del reino de Quito puede asegurarse acerca de esto, es que no sobresalieron menos sus hijos en los trabajos de escultura que en los de pintura, con haber sido éstos tan poco comunes.

El escultor más antiguo de Quito, y cuya memoria apenas se conserva, es Diego de Robles. A fines del siglo XVI, ó cincuenta años poco más ó menos después de la fundación de la ciudad, trabajó este artista la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe ó de Guápulo, llamada así por el célebre santuario de esta pequeña población, donde se la venera.

Se dice que con los restos del leño con que formó la estatua trabajó la de Nuestra Señora de Oyacache ó del Quinche, obra no muy perfecta, pero á la que se le tributa

grande culto. Trabajó también en la iglesia de San Francisco un altar y la imagen de San Juan Bautista en actitud de echar el agua del bautismo al Señor: esta escultura es superior á las anteriores.

Antonio Fernández fué otro hábil escultor: trabajó en 1607, por contrata con el cabildo secular de Quito, una hermosa estatua de San Jerónimo para la capilla dedicada á este Santo en la iglesia catedral.

El P. Carlos, religioso de la Compañía de Jesús, fué el más distinguido escultor de Quito en el siglo XVII, y por eso decía Espejo: « El P. Carlos con el cincel y el martillo, llevado de su espíritu y de su noble emulación, quería superar en los troncos las vivas expresiones del pincel de Miguel de Santiago; y en efecto, puede concebirse á qué grado habían llegado las dos hermanas escultura y pintura en manos de estos dos artistas por sólo la *Negación de San Pedro*, la *Oración del Huerto* y el *Señor de la Columna*, del P. Carlos. ¡ Buen Dios! ¡ Qué musculación, qué pasión, que propiedad, qué acción! »

Bernardo de Legarda, del siglo pasado, es indudablemente uno de los más notables artistas ecuatorianos. El P. Velasco dice: « Conocí varios indianos y mestizos insig-

nes en este arte, mas ninguno como un Bernardo de Legarda, de monstruosos talentos y habilidades para todo. Me atrevo á decir que sus obras de estatuaria pueden ponerse sin temor en competencia con las más raras de Europa. »

El indígena Manuel Chill, conocido con el nombre de *Caspicara*, ha dejado también preciosas obras, como la *Sábana Santa* de la iglesia catedral de Quito, el *Señor atado á la Columna*, con San Pedro á los pies; *Nuestra Señora de los Dolores* de la capilla de Cantuña, y otras muchas que existen dentro y fuera de la República.

N. Olmos, denominado *Pampite*, de la escuela de *Caspicara*, se distinguió tanto como éste en la estatuaria, según lo manifiesta el *Señor de la Agonía* de la iglesia parroquial de San Roque.

N. Salas fué un hábil escultor que dejó discípulos muy notables en este arte, como Domingo Carrillo. Desgraciadamente murió éste en edad temprana. Trabajó dos preciosas estatuas, una de *San Vicente de Paúl*, que se conserva en la iglesia del hospital de Quito, y otra de *San Francisco de Paula*.

Durante la dominación española, y también años después de ella, floreció en Cuen-

ca Gaspar Zangurima, llamado *Lluqui*, dotado de portentoso ingenio para las artes. Fué escultor admirable y excelente arquitecto, herrero, carpintero, platero, relojero. Sin maestro, sin estudios teóricos y guiado únicamente de su ingenio, trabajó obras de grande estimación. Por eso el general Bolívar, que nunca perdió la ocasión de fomentar las artes y de estimular con premios á los artistas, dió un decreto en 24 de Septiembre de 1822 asignando á Zangurima una renta vitalicia de 30 pesos fuertes mensuales, para que adelantándose y perfeccionándose en la herrería, arquitectura, escultura, dibujo, platería, relojería y carpintería, enseñase en Cuenca á treinta jóvenes los rudimentos de tan preciosas artes.

El autor del *Tesoro Americano de Bellas Artes* hace mención de este notable artista y dice: « Zangurima, hijo de Cuenca, fué uno de los más afamados artistas, y ha dejado una prole ilustre, que tal vez ha excedido en habilidad al primero que dió nombre á su apellido, por apodo *Lluqui* (zurdo), siendo una notabilidad artística del Ecuador. »

Lo mismo dice Cortés en su *Diccionario biográfico americano*. Por último, Mr. Vianer, que publicó sus viajes á la Améri-

ca del Sur con el seudónimo de Stevenson, dice hablando en general de los artistas de Quito: « Se ve en la Iglesia y sacristía de San Francisco un gran número de bellos cuadros y obras de esculturas trabajados por los artistas del país, particularmente un *San Francisco*, pintado por Miguel de Santiago, un *San Juan* y una *Magdalena*, del mismo, y un *Eccé Homo*, del tamaño natural, por Samaniego. »

Hasta aquí los datos que el Sr. Herrera me ha comunicado. Mas fuera de éstos iré intercalando otros, conforme se vaya presentado ocasión para ello.

De donde más extendidamente tenemos que decir es de Lima, cabeza de todo el Virreinato, y adonde naturalmente aflúan los artistas por la mayor ocupación que en ella podían hallar y por el crédito que de sus trabajos en la capital se les seguiría más que en otra parte alguna.

Sin ligarme á un orden cronológico exacto, enumeraré algunas obras de escultura que embellecieron á la reina del Pacífico. Una de ellas es la magnífica sillería del coro de la catedral, obra de principios del siglo XVII, debida en su dibujo y dirección á D. Pedro Noguera, natural de Cataluña.

El coro, situado, como los de España, en

la nave central y frente al altar mayor (1), tiene 75 sillas de cedro repartidas en dos órdenes, alto y bajo. Háganos su descripción el autor de la *Lima limada* y tomémonos la libertad de cercenarle en este y en otros párrafos que le copiemos cuanto no tenga íntima conexión con nuestro objeto. « El coro de la catedral de Lima tiene de largo 24 varas y 13 y media de ancho; la sillería es de tan preciosa madera de cedro y caoba, como de admirable y airosa arquitectura, con sus respaldos correspondientes á 75 sillas altas y bajas, con recuadros superiores, con sus columnas y molduras recuadrado el nicho

(1) Esto es, de modo que la catedral quede totalmente deslucida. Si se objetara que las idas y venidas de rúbrica del coro al altar mayor, y viceversa, contribuyen al esplendor del culto, y cuánto convenga que el Cabildo catedral tenga en su iglesia propia sitio totalmente segregado é incomunicado con el pueblo, para lo cual no parece prestarse cuanto se desea el presbiterio y lo que cae á espaldas del altar mayor, digo que si se rompieran en nuestras mejores catedrales los testeros de los coros y se reemplazaran con buenas y elegantes verjas de hierro, permaneciendo así la justa incomunicación, quedarían mucho más bellas y expeditas las catedrales, y el público podría ver desde los pies de la iglesia el altar mayor sin privarse de la solemnidad que á las fiestas dan los cabildantes. Las sillas que ocupan el testero podrían repartirse en los intercolumnios de derecha á izquierda, dando los lugares del centro y más preeminentes á las dignidades, según sus categorías.

plano perteneciente á cada silla, con valientes estatuas de escultura de medio relieve y de cuerpo entero del Salvador del mundo y de su Madre santísima, de los doce Apóstoles, Evangelistas, doctores de la Iglesia griega y latina, Pontífices y Patriarcas de las religiones, con sus coronaciones de capiteles, alquitrabes, cornisas y tumbadillos en forma de media caña, y encima la coronación de relieve y calados.

» La silla arzobispal excede en la forma, obra y tamaño á la de los capitulares, así en el asiento como en el ornato; está dos gradas más levantada que las otras.

» La reja que mira de este coro al altar mayor es de superior arquitectura de orden corintio, de dos cuerpos y á dos haces dentro y fuera, donde halla la curiosidad galanas travesuras del arte. »

No sobraré el testimonio del P. Cobo, que vió hacer toda esta obra. « El coro ocupa dos capillas de la nave de en medio; van labrando para él cien sillas de cedro de muy grande curiosidad y costa, pues con estar concertado el oficial que las hace en 43.000 pesos, me ha certificado que no le pagan su trabajo. »

El P. Cobo junta en una sola cifra facistol, púlpito y sillería.

Sigue el autor de la *Lima limada* en esta forma: « El púlpito de esta santa metrópoli es obra de costosísimos primores; el arte, en la docilidad preciosa del cedro, logró valentías y bellezas; así se guarnece entre columnas salomónicas, así se esparce en follajes corintios, así florece entre jarras de primavera, así se dilata en su espacioso ámbito, así se ciñe en su perfecto círculo.

» Milagro es de esta obra que al orador sagrado, puesto ya en su eminencia, le desarme los sustos con que pisó sus gradas.

» Su respaldo pudiera dar vanidad á la capilla más aseada si le mereciera por retablo. Guarnécese en sus tres cuartas partes el pilar (á que está arrimado) con tres tableros de columnas y recuadros, cornisas y coronaciones en que fué triunfando en cultísimas formas el estudio de la elegancia.

» El centro recibe en bellísimo trono tejado de airones y plumas de hermosos Cupidos que, inclinando blandamente el cuello, construyen peana triunfante á la vencedora planta de María purísima, cuya tallada imagen es corazón de la obra. Coronase el nicho con la media naranja [tornavoz], bóveda de todo un cielo, sobre que se eleva engreído el remate, de que él sólo, en virtud de suairosa inimitable escultura, pue-

de coronar tanto milagro. En este púlpito se gastaron 12.000 pesos; al principio se pensó en dorarlo todo, mas luego se desechó esta idea para que, dejándolo sin este adorno, realzara más lo delicado é ingenioso de la obra.»

Del facistol dice el P. Bernabé Cobo que «su mérito artístico corresponde al de cuanto el coro encierra.»

Otra obra de escultura precedió á ésta, quizá con más de treinta años, cual fué la de la sillería del coro del convento de San Agustín. Dejaré que la describa el Padre Fray Antonio de la Calancha: «La sillería es obra real; costó 30.000 pesos, y siendo de cedro es mayor su precio. Cada silla tiene, en un nicho entre columnas, un santo de media talla, del alto de vara y cuarta; y son tantos los primores de tumbados, de pinjantes, ángeles, mascarones y figuras que adornan cada una, teniendo cada santo sobre sí en un cuadro labrado una acción ó milagro de su vida, que es todo gallardo y primoroso; y hay dos órdenes de sillas, altas y bajas, y son casi doscientas.»

En la descripción ó relación de la ciudad del Cuzco, del deán Vascode Contreras y Valverde, hay, en la parte que dejó de publicarse en las Relaciones geográficas de Indias,

esta noticia muy sucinta de la sillería del coro que los franciscanos del Cuzco hicieron labrar para adorno de su iglesia: «El coro de San Francisco del Cuzco es de madera de cedro curiosamente labrada, y se ha evaluado en 40.000 pesos: es la mejor sillería de todo el reino.» Por este calificativo le doy lugar en este sitio, del que descarto cuanto no pase de la medianía para no hacer insoportable su lectura.

Tenían estos religiosos un facistol célebre en su hermoso coro, facistol que mereció al Deán descripción más detenida que el coro donde servía. Dice así de él: «El facistol es, medio cuerpo de abajo, de diferentes maderas preciosas, labradas de obra de embutido, y el segundo cuerpo de arriba es de ébano y marfil y carey, obra costosísima y preciosa. De la misma obra y material es el púlpito y los atriles del altar.»

Celebra el P. Cobo, y lo llama «la más curiosa obra que acá se ha visto», al púlpito de cedro que en 1624 se puso en San Francisco de Lima.

Quédannos aún algunas preciosidades que apuntar acerca de coros, púlpitos y facistoles, etc., no obstante de que voy relegando al olvido lo que acaso merezca la luz pública. Pero ¿cómo dejar á un lado los pri-

mores escultóricos que ornaban el coro de los franciscanos de Quito?

«Adornan el coro 81 sillas de cedro, los espaldares de curiosas labores acompañadas de columnas jónicas; ostenta cada silla, peregrina en su adorno, un santo de media talla, ángeles y vírgenes, todos vestidos de oro, que siendo los más bien obrados del reino se llevan los ojos de todos.

» Lo que resta hasta el techo ocupan valientes pinturas, historias de los hechos de San Pedro y San Pablo, guarnecidas de columnas y molduras de cedro doradas⁸.»

Con la prolijidad y entusiasmo que suele el doctor D. Buenaventura Travada hablar de las cosas de Arequipa, nos ha dejado la siguiente descripción del coro de aquella santa iglesia, que es digna de leerse despacio:

«En el medio del templo, tras del retablo de Nuestra Señora de la Antigua, en todo el ámbito de cuatro pilastras, se contiene murado el coro, en que [se] admira una peregrina y majestuosa sillería con 61 sillas; las 30 primeras en el pavimento, y las 31 restantes arrimadas á las paredes que forman el muro. Es la sillería toda de cedro, de muy costosa arquitectura; las 31 tienen respaldos superiores que las corresponden á cada una

de ellas con cuadros, molduras y columnas, y en cada una se coloca un nicho con una eminente coronación de relieve y calados, todo de orden compósito.

» En estos nichos están colocadas valientes estatuas de esculturas de cuerpo entero del Salvador del mundo, de Nuestra Señora de la Asumpta, del señor San José, los doce Apóstoles, los Doctores de la Iglesia, Patriarcas de las religiones y todos los demás santos que son patronos de esta santa iglesia y ciudad, que por todos son 31 las estatuas.

» La silla episcopal excede en obra, tamaño y forma á todas las demás capitulares, porque sobre el nicho que le sirve de respaldo, en que está la estatua del Salvador, se levanta otro nicho guarnecido de columnas y coronado de una hermosa cúpula que le sirve de coronación, en que está colocado San Juan Bautista de talla entera, y á esta circunvalación corresponde una tribuna que forma una vistosa galería con tablazón de cedro de valiente talla, que da espacioso ámbito al coro alto...

» De la misma materia y orden compósito se deja ver en el medio del coro un majestuoso facistol sobre cuatro leones de tan pulida elegancia que, siendo de un mismo maestro la escultura de la sillería, se duda

si el facistol aleccionó los primores de su artífice, ó si la sillería fué la que dió el ejemplo á la crespa hermosura de su arquitectura.

» A la pilastra segunda de la mano de la Epístola se admira también la cátedra del Espíritu Santo, de obra tan majestuosa por los primores de su talla, como por las bien proporcionadas dimensiones de su fuste; porque, ocupando su lugar, parece como que la voz del orador sale á difundirse en las distancias; así también el púlpito resalta á dominar en todo su auditorio.

» Emulos de su orden compósito y de la limpieza de su primorosa talla son los dos ambores; los Evangelios y Epístolas son también de cedro. Sólo la sillería, facistol y púlpito no lucen con los resplandores del oro, porque son obra de miniatura y de tan menuda y delicada obra que en sola la materia desnuda del cedro se notan con más verdad los primores de su talla. »

No añadiría á todo esto cosa alguna, porque sería, me parece, deslucirlo; con todo, por ser muy poco lo que del descriptor Travada falta que decir, me determino á agregarlo. Dice, pues: « La sacristía principal de los canónigos es una dilatada y larga pieza, poblada toda de cajonería de cedro, en

cuya talla estuvo primoroso, como siempre, el escoplo; en éstos se guardan los muchos ornamentos que tiene esta santa iglesia, así antiguos como modernos, de brocado, damascos, telas, lanas, glasés y tisúes, y otras fábricas, cuyo crecido número sirve más para la ostentación que para el uso.»

Entre las preciosidades escultóricas que tenía la catedral de Lima se ven citadas las rejas de caoba y cedro que cerraban todas las capillas, y que Mendiburu describe de este modo:

«Últimamente, las grandes rejas y balaustradas que cubren en toda su altura la entrada de las capillas interiores de la iglesia catedral de Lima, son de caoba y cedro, y de un exquisito y costoso trabajo.»

Ni en Chile faltaban algunas preciosidades de escultura, como el P. Alonso de Ovalle, de la Compañía de Jesús, lo refiere en su obra tantas veces citada en estos Estudios. «La techumbre de la iglesia de Padres dominicos, en Santiago, es de muy curiosa hechura, y más excelente la del coro, que está pintado y dorado, y con hermosos lazos y labores.

»La de los franciscanos se va llenando por todos los lados de grandes retablos dorados...; pero todo esto no llega á la sillería

del coro, que es una de las mejores piezas que he visto; es toda deciprés, con que siempre hay buen olor, y el primer orden de sillas, que está arrimado á la pared, llega con su coronación junto al techo, todo de admirables lazos y relieves de vistosas molduras y galana proporción.»

Dejo al lector que adivine lo que yo omito acerca de esta clase de trabajos de escultura en las catedrales y conventos de las ciudades que aquí no cito, como Trujillo, Cuenca, Huamanga, La Paz, Potosí, Chuquisaca ó La Plata, etc., en los que si de seguro no hubo tanta riqueza y primores, no faltarían obras siquiera de mediano gusto.

De sobresalientes calificó Alcides D'Orbigny las esculturas que encontró arrumbadas y maltratadas en algunos pueblos de misiones, fundados en los siglos XVII y XVIII por los Padres de la Compañía, quienes, como tantas veces tenemos repetido, procuraron enseñar á los indios cuantas artes pudieran serles de alguna utilidad y honesto entretenimiento.

«El pueblo de San Pedro de Moxos tiene un templo que por el número de sus estatuas de santos, y sobre todo por las ricas esculturas en madera que posee, llegó á rivalizar en tiempo de los Padres, no sólo con

las catedrales de Europa, sino también con los suntuosos templos del Perú.

» Cuando la misión fué encomendada á los curas en 1767, después de la expulsión de los jesuítas, se inventariaron 80 arrobas de plata. Todas las esculturas de la antigua iglesia de los jesuítas se conservan amontonadas en un galpón (una especie de camaranchón). Entre otros varios objetos hay un púlpito y un confesonario todavía enteros (1831), cuya profusión y riqueza de esculturas los harían distinguir ciertamente como bellísimos adornos en los templos más notables... Entre los objetos de la actual y provisoria iglesia de San Pedro se notan muchas estatuas de madera trabajadas en Italia por los mejores maestros del siglo pasado. » En adquirir estos modelos para la debida formación de los indios que se dedicaban á la escultura se empleaba parte de lo que sobraba del caudal de los pueblos, como quedó dicho en el libro anterior á éste.

Y de la iglesia del pueblo de la Exaltación de la Santa Cruz, en la misma provincia de Moxos, añade Mr. D'Orbigny: « está llena de ornamentos y esculturas del mejor gusto. » Del pueblo de San Miguel, perteneciente á la misión de Chiquitos, escribe: « Tuve ocasión de admirar en él la estatua

que lo representaba : esta excelente escultura era de Roma. »

De los escultores hijos del país que dejaron algún nombre, trataré después ; ahora daré una breve idea de lo que materialmente se trabajó en la escultura en las misiones de los Padres de la Compañía, ya que con la autoridad del citado viajero francés sabemos algo del mérito de ellas.

Si en los inventarios de que me voy á valer hallo algo que sea traído de Europa, lo haré notar ; si ninguna clasificación hallo en ellos, dejo al prudente juicio del lector el hacerlo por sí mismo. Tomaré sólo uno que otro de los pueblos de cada misión, y bastará para muestra.

Pueblos del Uruguay. — Santo Angel. — Hay en la iglesia cinco altares, los tres acabados, y dos por acabar. El altar mayor está dorado ; tiene su sagrario y ocho estatuas grandes y cuatro pequeñas. El segundo altar es de San Ignacio de Loyola ; tiene una imagen de Nuestra Señora, que es pintura italiana, y la dió á la iglesia el P. Juan Bautista Gilge : tiene dos estatuas grandes y tres pequeñas ; la una de San Joaquín, la otra de Santa Ana, la tercera de Nuestra Señora, la cuarta es un ángel, la quinta San Juan Bautista.